

La a-moralidad femenina en *Mandíbula*, de Mónica Ojeda: un diálogo entre la literatura y el psicoanálisis

Sara Bolognesi¹

Resumen. El presente trabajo propone analizar la identidad femenina de los tres personajes principales de *Mandíbula*, de la escritora ecuatoriana Mónica Ojeda, a través de los traumas sufridos y las relaciones familiares y sociales que establecen. Para investigar detalladamente la ruptura de las fronteras morales que proporciona el texto, se reflexionará sobre la finalidad de la escritura y la concepción de “infancia” según la autora. A continuación, se intentará defender el monstruoso comportamiento de las mujeres, con el fin de subrayar que la sexualidad infantil y la perversión en la adolescencia forman parte de un proceso de desarrollo sano y natural, pero que suele espantar a los adultos debido a los numerosos tabúes que todavía siguen vivos en el siglo XXI.

Palabras clave: *Mandíbula*, Mónica Ojeda, identidad femenina, sexualidad infantil, perversión, monstruosidad, fronteras morales.

[en] The female a-morality in *Jawbone*, by Mónica Ojeda: a dialog between literature and psychoanalysis

Abstract. This paper proposes to analyze the female identity of the three main characters in Mónica Ojeda’s *Jawbone* through the traumas they have suffered and the family and social relationships they establish. In order to further investigate the overstepping of moral boundaries proposed by the book, the analysis will reflect on the author’s purpose of writing and her perception of “childhood”. After that, it will attempt to justify the women’s outrageous behavior, in order to emphasize that children’s sexuality and perversion during their teenage years are part of a healthy and natural development process that nonetheless, due to the very much alive taboos in the 21st century, still frightens adults.

Keywords: *Mandíbula*, Mónica Ojeda, female identity, children’s sexuality, perversion, monstrosity, moral boundaries.

Sumario: 1. Introducción, 2. Mónica Ojeda: infancia, escritura y obscenidad, 3. Mujeres- monstruos: Clara, Fernanda y Annelise, 4. Conclusiones.

Cómo citar: Bolognesi, S. (2022) La a-moralidad femenina en *Mandíbula*, de Mónica Ojeda: un diálogo entre la literatura y el psicoanálisis, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 51, 299-307.

1. Introducción

El Diccionario del Español Jurídico define el concepto de “frontera” como aquella “línea que marca el límite exterior del territorio de un Estado, entendido como el espacio terrestre, marítimo y aéreo sobre el que ejerce su soberanía” (DEJ 2016: *frontera*), definición que cumple con la amplia bibliografía crítica y científica que considera la frontera como una línea divisoria entre dos territorios y grupos étnicos desiguales. Así pues, es lógico que términos como “política”, “tradiciones”, “lengua” y “espacio” aparezcan con frecuencia en los títulos de aquellos artículos que pretenden tratar la denominada “literatura de frontera”, ya que su objetivo primario coincide con subrayar las similitudes, diferencias e hibridaciones que nacen a partir del choque entre dos sociedades y se manifiestan en múltiples ámbitos (religioso, geográfico, económico, etcétera). Las conclusiones que los expertos llevan a cabo suelen defender o bien la existencia de una superioridad racial, en

¹ Universidad Complutense de Madrid, España.
Correo: sabolo01@uclm.es

línea con los estudios tradicionales, o bien la positiva aparición de una cultura híbrida, generada a partir de la mezcla entre otras dos, cuya teoría surge a lo largo de la década del sesenta gracias al proceso de globalización (Hernando, 2004).

Sin embargo, fuera del marco geopolítico y económico, no se halla la misma cantidad de estudios. Al concebir la frontera como un límite que no solo divide dos lugares y etnias, sino también dos conceptos –como vida frente a muerte, bondad frente a maldad– la búsqueda de material científico se hace compleja debido a la dificultad de los temas de discusión, cuyo análisis, en ocasiones, resulta relativo y limitado, puesto que requiere una objetividad casi imposible de alcanzar. Todavía más escasa es la presencia de textos que examinan el límite entre lo moral e inmoral con respecto a temas tabúes como la perversión sexual, el autoerotismo o la violencia infantil, en cuanto, siendo socialmente inaceptables, no suelen convertirse en objetos de estudio. Aunque estas temáticas generan malestar y miedo, al mismo tiempo, producen fascinación por ser misteriosas y originales, motivo por el cual se produce un acercamiento a ellas y, por consiguiente, su conocimiento (Calvette Cormane, 2011: 1). No obstante, solo una minoría de escritores e investigadores decide abrazar todos los matices de lo abyecto, porque alejarse de los prejuicios sociales, aceptar la lluvia de críticas que deriva del destape de los tabúes y tener la fuerza para hundir las manos en la obscenidad humana requiere mucha valentía y determinación.

Dentro de este grupo de expertos, destaca Mónica Ojeda, la protagonista del presente trabajo, cuya novela, *Mandíbula* (2018), busca traspasar las fronteras de lo aceptable e inaceptable haciendo hincapié en la mirada de los niños y adolescentes frente a la de los adultos. La autora defiende que estos últimos suelen etiquetar de “perversa” cualquier actividad sexual de sus hijos, mientras que los jóvenes no se sienten culpables por experimentar el deseo y el gozo (Ojeda, 2018c): de esta manera, instintos como intentar besar a la propia madre o descubrir el placer mediante la masturbación pueden considerarse inocentes o trasgresores, dependiendo de la perspectiva que se adopta.

Con el fin de defender dicha teoría, a falta de aparato crítico sobre Mónica Ojeda, en primer lugar, se emplearán varias entrevistas mediante las cuales aclararemos la opinión de la autora sobre la infancia y la finalidad de la escritura: “Mónica Ojeda: La mayor subversión es la que se produce en los cuerpos, no en la virtualidad” (2016) y “Mónica Ojeda: El miedo reside en el lenguaje, por eso el cómo es igual de importante que el qué” (2018), entrevistas realizadas por Laetitia Rovecchio Antón; Mónica Ojeda: Muchos ven la imaginación como algo peligroso e incómodo” (2018), por José Miguel Vilar-Bou, y *Pornoerotisme i literatura llatinoamericana. Diàleg entre Mónica Ojeda i Diego Falconi* (2018), cuyo vídeo puede encontrarse en el canal YouTube. Además, el artículo “Sodomizar la escritura” (2018), redactado por la propia autora, evidenciará la línea temática de sus novelas y los escritores que la inspiran.

En segundo lugar, con el propósito de demostrar que las publicaciones de Ojeda desean romper fronteras atípicas, es decir, más morales, sociales y corporales que geográficas y económicas, se realizará un análisis comparativo de la conducta de los tres personajes femeninos de la novela –una docente adulta y sus dos alumnas de quince años–, considerados perversos y peligrosos por sus extraños pensamientos y comportamientos, cuyo origen reside en graves trastornos infantiles. Más precisamente, se hará hincapié en la infancia de la maestra y el miedo de esta última hacia sus alumnas, en el vínculo madre-hija y la relación fraternal que conecta a las adolescentes con sus progenitoras y hermanos menores y, finalmente, en la ambigua amistad entre las dos jóvenes. Teniendo en cuenta los temas tratados, la investigación buscará el apoyo de artículos y manuales de psicología y psicoanálisis infantil, de modo que se detecte una conexión entre la infancia de las protagonistas y su actitud en la adolescencia y edad adulta; de entre los numerosos textos usados, cabe destacar la importancia de *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1983), de Sigmund Freud, *Psicoanálisis del niño* (1964), de Anna Freud, *La Familia* (1977), de Jacques Lacan, *Speculum. L'altra donna* (1975), traducción italiana de *Espéculo de la otra mujer*, de Luce Irigaray, y *El complejo fraterno* (2004), de Luis Kancyper.

2. Mónica Ojeda: infancia, escritura y obscenidad

En los últimos años, la figura de Mónica Ojeda y sus siniestras publicaciones han levantado numerosos debates. Nacida en Guayaquil, Ecuador, en 1988, cursó un Máster en Creación Literaria y en Teoría y Crítica de la Cultura, trabajó como docente de Literatura en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil y actualmente está estudiando un Doctorado sobre la literatura pornoerótica en Madrid. Ganadora de varios premios de Narrativa y Poesía, Ojeda destaca por el éxito que obtuvieron sus tres novelas –*La desfiguración Silva* (2014), *Nefando* (2016) y *Mandíbula* (2018)–, gracias a las cuales mereció una mención en la ilustre lista de Bogotá 39, entre los treinta y nueve autores hispanoamericanos menores de cuarenta años más talentosos de la década (Ojeda, 2018a).

Su escritura se encuentra en la línea de otras autoras como Angélica Liddell, Samantha Schweblin, Marina Perezagua y Ariana Harwicz, cuyas obras buscan destapar tabúes mediante la puesta en escena de todos aquellos pensamientos y comportamientos trasgresores del ser humano que obran fuera de las normas sociales (Ojeda, 2018d). Así pues, leer a Mónica Ojeda es aceptar que existen verdades incómodas y que lo más terrorífico y grotesco no se manifiesta necesariamente en figuras de aspecto monstruoso como Frankenstein, sino que viven dentro de seres humanos normales y corrientes y de todas las edades.

Si la literatura tiene el objetivo de desvelar la brutalidad humana que se alimenta de la vergüenza, el dolor y la muerte ajena, en el artículo “Sodomizar la escritura”, Ojeda señala que el lector debe ser capaz de contemplar, analizar y hasta disfrutar de todos los impulsos perversos que hunden sus raíces en la profundidad del alma, en lugar de rechazarlos como suele hacer el resto de la sociedad (Ojeda, 2018d). Por tanto, no nos tiene que extrañar que *Mandíbula* proponga un buceo en los sentimientos más oscuros y obscenos del ser humano, un viaje hacia el abismo que persigue al lector incluso cuando termina de leer la última página. Esta inquietud es alcanzada sobre todo mediante la construcción de la psicología de las tres figuras principales, la maestra Clara y sus alumnas Annelise y Fernanda, quienes no consiguen –pero tampoco quieren o intentan– amoldarse a los esquemas tradicionales. El aspecto más curioso de la novela coincide con el empleo de mujeres, en su mayoría jóvenes, que padecen varios trastornos a partir de violencias físicas y psicológicas infligidas en edad infantil por parte de sus madres, argumento que suscita gran interés en la autora:

Es cierto que me obsesiona un poco la infancia como una época en la que carecemos de lenguaje para hablar de ciertas experiencias. Y de la adolescencia, que es lo que trabajo en *Mandíbula*, lo que me obsesiona es que se trata de una etapa en donde hay mucha hambre de experiencias: quieres experimentar el sexo, el amor. El odio lo experimentas intensamente, los celos también. Parece que todo en la adolescencia se magnifica como si quisiéramos aprehender el mundo de una sola mordida. Es una etapa muy pasional, muy de descontrol y eso me parece increíblemente fértil para trabajar literariamente (Ojeda, 2018b).

Así pues, en la producción literaria de Mónica Ojeda, la infancia dialoga íntimamente con la sexualidad, el amor y el odio y, a partir de ella, los personajes empiezan a experimentar los primeros placeres y deseos, al igual que los miedos y dolores. Los recuerdos de las tres niñas, año tras año, no se ven enriquecidos por el cariño y el apoyo materno, sino manchados por los golpes e insultos de sus progenitoras, las cuales les proporcionan inseguridades y traumas que las caracterizan en edad juvenil y hasta adulta. El desarrollo inadecuado de Clara, Annelise y Fernanda queda explicado esencialmente por los siguientes estudios: la denominada “teoría del apego”, expuesta por el psicoanalista John Bowlby, defiende que las experiencias infantiles juegan un rol fundamental en la conducta del individuo en edad adulta, mientras que los conceptos de “sensibilidad materna” y “calidad del apego”, aportados por la psicóloga Mary Ainsworth, evidencian la importancia del comportamiento de la madre para una correcta evolución emocional de los hijos (Molero Mañes *et al.*, 2011: 513-514). En línea general, las madres de las protagonistas de *Mandíbula* no llevan a cabo los procesos de apego de manera recomendada, en cuanto manifiestan impaciencia, rabia e intolerancia hacia sus hijas y rechazan el contacto físico con ellas, motivo por el cual la maestra y las alumnas presentan actitudes parecidas, socialmente inapropiadas, en edad adulta e inmediatamente anterior. De hecho, en el estudio “Las experiencias infantiles adversas y las consecuencias del trauma para toda la vida”, se sostiene que, cuando se viven experiencias infantiles adversas, se genera un estrés tan intenso que puede durar toda la vida y dar lugar a comportamientos destructivos, en particular, déficits de atención, inestabilidades emocionales, conductas peligrosas y enfermedades relacionadas con el estrés (American Academy of Pediatrics, 2015). Todos estos trastornos se manifiestan e intensifican a lo largo de *Mandíbula* y derivan en su mayor medida de abusos psicológicos, no físicos, porque “el espanto y el instinto, la violencia y el mal habitan en el lenguaje” (Ojeda, 2018d). A partir de esta idea, la escritora ecuatoriana defiende que todo ejercicio que baja la autoestima de una persona puede producir más dolor que un empujón, ya que las ofensas y humillaciones perduran en la mente de la víctima como un martillo que golpea el mismo clavo constantemente. Por tanto, para reflejar con extrema transparencia la monstruosidad del ser humano, Mónica Ojeda se vale de un lenguaje soez, crudo y directo, alejado de todos aquellos eufemismos que endulzan incluso las situaciones más espantosas (Ampuero, 2018).

3. Mujeres-monstruos: Clara, Fernanda y Annelise

El personaje de *Mandíbula* que presenta evidentes problemas de autoestima es Miss Clara, profesora de Lengua y Literatura en el colegio del Opus Dei *Delta-High-School-for-girls*, quien en ningún momento se valora, se siente continuamente juzgada, sufre frecuentes ataques de ansiedad, intenta aislarse para que nadie pueda hacerle daño, pero disfruta con las desgracias de los demás. Estos comportamientos proceden de los maltratos

que Clara sufrió por parte de su madre Elena: “una mocosa egoísta, poco creativa y enferma de la cabeza” (Ojeda, 2018a: 28) y “la muchacha más agobiante del universo” (Ojeda, 2018a: 28) solo son algunas de las injurias que Elena dedica a Clara cuando todavía es una niña. Tampoco demostró aprecio hacia su mente y ni la motivó a desarrollar sus ideas, en cuanto, según ella, Clara es perversa y perturbada: “Las niñas que imaginan demasiado terminan enfermas de la mente” (Ojeda, 2018a: 42), “Tu cerebro es un nido de cucarachas” (Ojeda, 2018a: 43). Como consecuencia de estos traumas, Clara empieza a desarrollar una falsa ilusión de control y a recordar de manera obsesiva a su madre tras su muerte, de modo que se apodera de todos sus bienes, hasta de su ropa interior, y adopta sus gestos para ser la mujer y la maestra que ella era. Sin embargo, el deseo de convertirse en el *Doppelgänger* de Elena no surge después de su fallecimiento, sino ya en edad infantil, al mismo tiempo que Clara quiere tener relaciones con su progenitora: “Intentó entrar –sin permiso– en la boca de su madre con un beso que ella rechazó golpeándola con los nudillos en la frente” (Ojeda, 2018a: 47).

El incestuoso lazo madre-hijo/a es materia de interés y unión entre la literatura y el psicoanálisis desde hace casi un siglo, en cuanto el famoso asesinato de Edipo y el casamiento con su madre dieron lugar a los estudios de Sigmund Freud con el nombre de “complejo de Edipo”. Por un lado, en *Sobre la sexualidad femenina* (1931), el padre del psicoanálisis investiga la fase preedípica, caracterizada por la estrecha y ambigua vinculación entre madre e hija (Pereña García, 1981: 18); por otro lado, el médico psiquiatra Jacques Lacan relaciona el deseo materno con la boca de un cocodrilo, cuyas fauces pueden cerrarse sobre el niño en ausencia del padre (Calcagnini, 2003). Con respecto a los estudios sobre la maternidad, Lacan introduce el término *estrago* (de la madre), de significado ambivalente en español: si bien coincide con las palabras “ruina, daño, asolamiento”, la locución “causar/hacer estragos” tiene que ver con una intensa atracción o admiración (RAE, 2014: *estrago*). Este término refleja a la perfección la tóxica relación entre Clara y Elena, ya que la primera se siente tan atraída por la segunda que anhela coincidir con ella en todos sus movimientos y pensamientos, pero, al mismo tiempo, este vínculo familiar la destroza como individuo que tiene una identidad propia y única. Por esto, no cabe duda de que Mónica Ojeda escribió *Mandíbula* a partir de las tesis de Lacan, en cuanto, además, una de las afirmaciones del psiquiatra francés sobre la madre-cocodrilo es incluida entre los epígrafes que preceden a la novela.

Además, a consecuencia de la ansiedad y el pánico que Clara siente a menudo, su psiquiatra le diagnostica el trastorno de despersonalización, a causa del cual tiene la sensación de observarse y escucharse a sí misma como si fuese otra persona. Puesto que logra analizar su personalidad frágil y vulnerable desde afuera de su cuerpo, la maestra está obsesionada con los juicios y las burlas de los demás, ya que entiende que, para todo hábil cazador, ella es una presa fácil. Por esta razón, el desmesurado miedo de Clara es provocado especialmente por sus alumnas, descritas como “mantis religiosas” que “se comen las cabezas de sus maestras” (Ojeda, 2018a: 162) y dibujadas como seres imprevisibles e inestables que desean experimentar emociones fuertes mediante retos arriesgados, acciones inmorales y juegos de seducción.

Con respecto a esto, es oportuno evidenciar el contexto en el que se insertan la maestra y sus alumnas, ya que algunos comportamientos de las adolescentes no se considerarían tan graves fuera de los rígidos principios del colegio femenino del Opus Dei. Por ejemplo, el consumo de alcohol y tabaco en las fiestas, el descubrimiento del placer y la propia sexualidad mediante el autoerotismo o la fusión con otro cuerpo del mismo sexo u opuesto, la posibilidad de afrontar un embarazo no deseado y el aborto son experiencias que pueden vivirse durante la adolescencia; sin embargo, son juzgadas pecaminosas dentro del grupo de profesores y padres de las estudiantes. Esta educación excesivamente inflexible es uno de los catalizadores de la carencia de autocontrol de las muchachas, cuyo deseo consiste en derrumbar las fronteras morales impuestas por los adultos con el fin de crear nuevas realidades en donde pueden sentirse libres de decir todo lo que piensan y actuar como quieren.

Quienes encarnan la irresponsabilidad y el desafío a las normas son Malena Goya y Michelle Gomezcoello, denominadas M&M's, dos exestudiantes de Clara que desempeñan el papel de personajes secundarios en la novela, pero no en la vida de la maestra, en cuanto deciden secuestrarla y torturarla en su propia casa durante más de trece horas. Este episodio de violencia marca de manera irreversible la personalidad de la mujer no solo en su cotidianidad, dado que, ante una situación incómoda, sobre todo relacionada con el ámbito escolar, recuerda las agresiones sufridas, sino también en la relación con sus alumnas. En efecto, el objetivo de Clara se convierte en educarlas como si fuesen sus propias hijas, a costa de pegarlas y aterrorizarlas, con el fin de que descubran todos los matices del miedo y dejen de espantarla. La fusión entre el vínculo madre-hija y el de docente-estudiante no resulta extraña dentro de las investigaciones psicológicas, porque el apego a los padres a menudo se refleja involuntariamente en el apego a los maestros (Bergin y Bergin, 2009). Sin embargo, esta teoría explicaría el interés que sienten las estudiantes hacia la vida personal de Clara, pero no el propósito indigno de la maestra, el cual, por tanto, se solucionaría exclusivamente mediante sus traumas infantiles con la progenitora y como profesora de alumnas sin frenos. Así pues, cuando Clara cae en el engaño de Annelise y cree que Fernanda ha entrado a su casa para invadir su privacidad, no se ve dispuesta a aceptar un segundo

suplicio, entonces decide secuestrar y torturar a su “malvada” alumna, al igual que hicieron las M&M’s con ella. Este intercambio de roles demuestra que Clara abandona el papel de “víctima” para disfrazarse de “verdugo” y, de la misma manera, se concluye que todo hijo indefenso entre las fauces de su madre- cocodrilo puede llegar a lastimarla. De hecho, Clara explica a Fernanda:

Una madre es una mandíbula apresando a sus crías para protegerlas. Podría morderlas, podría comérselas. Quiere hacerlo. Pero una cría también puede dañar la boca de la madre y eso nadie lo dice (Ojeda, 2018a: 281).

De esta manera, Ojeda da un giro a la metáfora del cocodrilo promulgada por Lacan, subrayando un doble deseo oscuro: como la madre elige si devorar o no a la hija, esta última también tiene la posibilidad de producirle daño. Por consiguiente, Clara representaría a la victimaria en el momento en que tortura a Fernanda, considerada su hija por ser su alumna, pero sería la mártir dañada por sus “crías” cuando se ve secuestrada por Malena y Michelle.

Puesto que Clara alcanza una crueldad sin precedentes durante el rapto de Fernanda, no solo llega a parecerse a su progenitora como siempre ha querido, sino que también consigue anularla y predominar sobre ella. Luce Irigaray señala que, en el momento en que la mujer llega a ser madre, se identifica como la Madre, de tal forma que es necesario que “mate” a su propia madre para definirse como el único símbolo materno existente en su vida (Irigaray, 1975: 70). Las tesis de Irigaray cumplen con la transformación de la maestra y el trágico desenlace de la novela pese a que Clara no tiene hijos biológicos, en cuanto, como ya se ha especificado, contempla a sus alumnas como tales.

Al igual que Clara es el fruto de la mala educación y la violenta actitud de su madre, Annelise y Fernanda sufrieron severos traumas infantiles, especialmente por parte de sus progenitoras, así que presentan una gran dificultad para establecer relaciones sanas tanto con los adultos como con sus coetáneos, tanto con el sexo masculino como femenino. Sin embargo, a diferencia de la docente, no buscan encontrar similitudes entre ellas y sus madres, y mucho menos convertirse en sus reflejos, sino todo lo contrario.

El origen de los problemas familiares de Fernanda radica en la muerte de Martín, su hermano, probablemente a partir de un accidente o asesinato del cual ella fue la causa. Desde que ocurrió la tragedia, la adolescente va al psicoanalista, cuya voz queda silenciada gráficamente durante toda la novela mediante el nombre del médico, el Dr. Aguilar, y dos puntos detrás de los cuales nunca siguen sus preguntas y opiniones, aunque a partir de las contestaciones de Fernanda se deduce que las proporciona. Por tanto, en realidad, no asistimos a los encuentros entre un doctor y su paciente, sino a los largos monólogos de la joven, gracias a los cuales se descubre que la madre de Fernanda evita estar a solas con su hija porque la reputa de pérfida.

El espanto de la mujer no solo deriva del fallecimiento de Martín, sino también del fallido estrangulamiento que Fernanda lleva a cabo en tierna edad al intentar besarla, episodio que queda grabado en la mente de la madre no tanto por el intento de homicidio cuanto por los impulsos irrefrenables de la hija. Entonces, al igual que Clara, Fernanda es rechazada por su madre y etiquetada de “traviesa” por sus instintos, los cuales, dentro del ámbito del psicoanálisis infantil, son considerados habituales, necesarios y sanos durante el proceso de formación de la personalidad del niño. Siendo “la sexualidad infantil [...] de naturaleza puramente perversa” (Freud A., 1964: 108), las exigencias “desobedientes” que el hijo desarrolla –los impulsos de succionar, besar o masturbarse– no traspasan las fronteras morales ni representan las primeras señales de alerta para detectar personalidades potencialmente peligrosas. Aunque los niños viven sin vergüenza y culpa el descubrimiento del placer, los adultos no suelen aceptar el despertar de su sexualidad (Ojeda, 2018c), motivo por el cual la madre de Fernanda rehúsa *a priori* todas las tendencias eróticas de su hija. A pesar de la falta de afecto materno, Fernanda intenta ser agradable con su madre organizando actividades para que pasen más tiempo juntas, pero percibe que para su progenitora es “un deber. Una obligación” (Ojeda, 2018a: 84). En cambio, delante de sus amigas, la madre oculta su temor tratando con cariño y respeto a Fernanda, por lo que se delinea como una mujer más preocupada por las apariencias que por la mala relación con su hija.

Además de rechazar la ternura de Fernanda, la madre, todavía traumatizada por la muerte de Martín, le pide constantemente que se porte igual que su hermano cuando estaba vivo, deseo que queda explicado a través de los estudios lacanianos, los cuales, a su vez, hunden sus raíces en las tesis de Sigmund Freud. Según ambos psicoanalistas, el sueño de todos los padres consiste en traer al mundo solamente a niños varones, de modo que el nacimiento de una niña comporta una enorme frustración dentro del marco familiar. Este sentimiento tiene consecuencias en la psique de la criatura no deseada, la cual, en la mayoría de los casos, busca su afirmación a través de conductas agresivas y transgresoras (Freud S., 1983; Lacan, 1977). Por todo esto, la desgracia de la madre de Fernanda es doble: no solo ha tenido que superar la muerte de un hijo, probablemente matado por su otra hija enferma, sino que ha perdido al único heredero varón de la familia. Al contrario, el posible asesinato y la frialdad de Fernanda a la hora de recordar a Martín reflejan un incuestionable “complejo fraterno”, según

el cual el hermano que recibe menos amor y aprecio se siente justificado a torturar y punir al hijo favorito (Kancyper, 2004).

En síntesis, Fernanda se ve obligada a crecer en un ambiente tenso, caracterizado por una madre que desarrolla un comportamiento pasivo-agresivo para evitar tener trato con ella, un padre ausente y el fantasma de su hermano menor. Dado que la soledad le provoca mucha inseguridad, la joven llega a juntarse con Annelise, cuya personalidad osada y manipuladora logra aprovecharse de sus debilidades para obligarla a realizar acciones arriesgadas y humillantes de las cuales Fernanda se arrepiente enseguida, tema que se tratará con mayor profundidad a continuación.

Si dentro del núcleo familiar de Fernanda, es la hija quien representa una amenaza para su madre, en la familia de Annelise ocurre lo contrario. En línea con la madre- cocodrilo de Clara, la progenitora de Annelise, la señora Van Isschot, también se convierte en una máquina capaz de destrozar a su hija con una sola mordida: empujones, golpes, amenazas e insultos protagonizan una educación violenta y estricta, basada en el miedo al sexo y la violación, convicciones que llevan a Annelise a despreciar las relaciones sexuales por ser pecaminosas y a todos los hombres por ser malvados. Con el fin de “prevenir” estos traumas, la señora Van Isschot impone a su hija una forma de vestir abrigada y fuera de moda, porque los tacones, las minifaldas y los tops la convertirían en una prostituta y, por consiguiente, víctima de abuso. No obstante, Annelise se rebela poniéndose prendas sensuales y maquillándose con pintalabios rojos durante las fiestas universitarias a las cuales acude a escondidas con Fernanda y sus amigas, de modo que intenta parecer mayor para emanciparse de su madre, sus prejuicios e ideas anticuadas.

Por compartir traumas infantiles parecidos a los de Fernanda y sentir un gran resentimiento hacia su madre, Annelise rompe lazos con su progenitora y escoge a Fernanda como su única hermana y familia, en cuanto “Las hermanas gemelas no necesitan mamis [...]. Las hermanas gemelas se cuidan entre ellas” (Ojeda, 2018a: 278). Por esta razón, Annelise también se separa de Pablo, su hermano menor, el cual, al igual que Martín, sufre agresiones físicas y psicológicas no solo por parte de su hermana, sino también de Fernanda, hecho que subraya la presencia de una agresividad patológica en esta última (Freud A., 1964: 112), debido a que experimenta la necesidad de dañar a otro niño, aunque este no pertenece a su núcleo familiar.

Al encontrar la una en la otra un apoyo fiel, Annelise y Fernanda se sienten libres de compartir sus fantasías sexuales y pensamientos socialmente desaprobados, por lo que llegan a explorar los límites de sus cuerpos y miedos mediante juegos peligrosos y sádicos, como saltar de un piso a otro con el riesgo de caerse, grabar el propio nombre en la espalda con la amiga utilizando la punta afilada de un lápiz o lamer la menstruación de la otra sin sentirse equivocadas ni juzgadas. Sin embargo, esta complicidad desemboca en una relación ambigua, perturbadora y tóxica en el momento en que Annelise manipula a Fernanda para que la muerda hasta hacerla sangrar y dejarle marcas, como si interpretasen los papeles de un vampiro y su víctima. Aunque al principio esta práctica es concebida por parte de Fernanda como un juego inocente, poco a poco se vuelve insoportable, porque descubre que a Annelise le excita ser herida. De esta manera, Mónica Ojeda retoma el diálogo platónico de la *República*, en donde se defiende que la conexión

entre el gozo y el dolor físico se manifiesta en los placeres corporales, es decir, la comida, la bebida y el sexo, a causa de los cuales el sujeto hasta “muere” de placer (Platón, 1986: 436). Estas dos experiencias sensoriales y emocionales aparentemente en antítesis, por tanto, llegan a representar dos caras de la misma moneda desde hace numerosos siglos, teoría que queda confirmada por la neurociencia, cuyos estudios defienden que tanto el placer como el dolor hallan su origen en la misma región del cerebro, así que, al activar el estímulo de uno, también se activa el otro (Esch y Stefano, 2004: 236). Pese a que se acepte el binomio placer-dolor, no toda práctica sexual debe considerarse habitual, en cuanto Anna Freud, hija del padre del psicoanálisis, sostiene que el erotismo procedente de la acción de morder se manifiesta en niños psicóticos y refleja una perversión sádica anormal (Freud A., 1964: 109-110), pues el goce experimentado por Annelise no puede calificarse como “ordinario”.

Además, la desnudez y el placer de Annelise empiezan a incomodar a Fernanda cuando esta empieza a sentir atracción sexual hacia ella. Aunque nunca define con claridad sus emociones durante los encuentros con el Dr. Aguilar, Fernanda a menudo describe con admiración la deslumbrante belleza e imaginación de su mejor amiga, se pregunta qué pasaría si fuese lesbiana y, en particular, cómo reaccionaría su madre, entonces, al manifestar miedo a la opinión ajena, parece conocer la naturaleza de sus sentimientos y no negar la posibilidad de estar orientada hacia las mujeres. No obstante, debido al miedo que le tiene tanto a la mentalidad salvaje y manipuladora de Annelise como a estas primeras inclinaciones homosexuales, Fernanda experimenta sentimientos vacilantes entre el odio y el amor, el temor y la atracción: “A veces quiere empujar a Annelise del tercer piso del edificio, o que se caiga, pero la mayor parte del tiempo solo quiere abrazarla y morderle la lengua para siempre” (Ojeda, 2018a: 245). Este columpio de sentimientos llega al límite del aguante cuando Annelise enseña la foto de sus piernas lastimadas y ensangrentadas a las demás amigas del grupo y a unos

muchachos recién conocidos durante una fiesta, acción a partir de la cual Fernanda se siente humillada y traicionada. Así pues, la joven deja de tolerar a Annelise y decide alejarse de ella, su descaro y los juegos sádicos, demostrando comprender y aceptar sus propios límites; en cambio, Annelise carece totalmente de ellos y hasta el final de la novela se muestra insaciable de poder y control (Ojeda, 2018e). De hecho, Annelise jamás se arrepiente ni pide perdón a su hermana elegida, sino que se venga de ella manipulando a Clara y convenciénola de que Fernanda está planeando entrar a su casa. Entonces, el secuestro de Fernanda por parte de Clara es causado únicamente por la mentira de Annelise, quien se clasifica como el personaje más imprevisible y malvado de la novela por jugar con el miedo de su docente y vengarse de la persona que más la quiere y siempre la ha apoyado.

Como se puede constatar a partir de esta venganza, Annelise consigue huir del maltrato físico y psicológico no solo separándose de su progenitora y estableciendo una extraña amistad con Fernanda, sino también mediante una capacidad imaginativa desbordante, la cual es el resultado de un desorden disociativo desarrollado de manera inconsciente como mecanismo de defensa ante experiencias traumáticas (Intebi, 1998). La imaginación de la adolescente no solo provoca el desenlace de la novela, es decir, el secuestro de Fernanda, sino que también destaca a lo largo de toda la narración. En efecto, en el extravagante mundo creado por la joven, Annelise tiene la posibilidad de contactar con el Dios Blanco, una criatura misteriosa y cruel que se manifiesta solamente en la habitación blanca de un edificio abandonado que ella, Fernanda y sus amigas convierten en su lugar de encuentro. Encerradas en un espacio apartado de los tabúes sociales y morales, las muchachas abrazan su denominada “edad blanca” buceando en los rincones más oscuros de su alma a través de la creación de cuentos de terror protagonizados por madres y hermanos crueles y liberando su sexualidad mediante desafíos duros y degradantes como los que se han descrito precedentemente. Como Annelise es la única del grupo que sufre tantos daños verbales como corporales por parte de su progenitora, es la sola que cree firmemente en la existencia del Dios Blanco y la “edad blanca”; no obstante, la habilidad de manipulación y la psicosis que padece son tan potentes y desarrolladas que todas sus amigas llegan a romper las fronteras entre lo real e irreal. De hecho, aunque Fernanda y las demás son conscientes de la inexistencia del Dios Blanco, quedan espantadas por la oscura comunicación que se establece entre Él y Annelise, así que prefieren no desafiar a este ser superior y seguir al pie de la letra las oraciones y normas instituidas por la jefa del grupo.

4. Conclusiones

Por el análisis realizado, se concluye que las protagonistas de *Mandíbula* no son clasificables de “buenas” o “malas”, en cuanto sus extrañas actitudes proceden de situaciones terriblemente traumáticas, sufridas a causa de violencias físicas y psicológicas infligidas por sus madres, es decir, el primer amor para todos los hijos e hijas (Freud S., 1931: 65-72). Puesto que recibir cariño y protección durante la niñez es fundamental para un crecimiento sano y feliz, se defiende que las víctimas no son culpables de sus pensamientos y comportamientos trasgresores, porque estos aparecen a consecuencia del menosprecio y los maltratos infantiles. De esta manera, la novela rompe las fronteras entre la niñez y la edad adulta, en cuanto los sentimientos de serenidad o pena y los acontecimientos vividos durante los primeros años de vida están estrictamente relacionados con las conductas futuras. Asimismo, se desmonta la concepción popular según la cual los niños son seres puros e inocentes hasta la adolescencia, etapa en la que aparecen aquellos instintos sexuales que llegarán al culmen durante la edad adulta. Dado que gran parte de la sociedad desconoce las fases y circunstancias de la aparición y el desarrollo de la sexualidad (Freud S., 1983: 40), cuando los niños exploran su propia zona genital y se proporcionan placer a través del autoerotismo (Freud S., 1983: 53-55), a menudo sus padres temen que guarden algún tipo de trastorno relacionado con la impulsividad y la perversión, así que terminan obstaculizando un descubrimiento íntimo del todo normal.

En relación con el goce sexual, la novela de Ojeda rompe con la tradición literaria de la mujer angelical y propone una innovación grotesca de lo femenino, en cuanto todos los personajes principales son mujeres moralmente dañadas que indagan en sus propios miedos y oscuridades (Ojeda, 2018e). Por consiguiente, la autora se aleja de las pieles blancas y los gestos suaves de las damas medievales y, al contrario, se acerca a las brujas pecaminosas y peligrosas, operadoras del mal, enemigas de la sociedad y deseosas de venganza. El paralelismo entre las brujas y los personajes femeninos de Ojeda se debe sobre todo a la reivindicación del sexo y, en particular, de prácticas sexuales sádicas e insólitas. Las heridas provocadas mediante objetos puntiagudos y los mordiscos que hasta hacen sangrar reflejan una crueldad inhumana y traspasan las normas corporales socialmente aceptables, debido a que la blancura de los cuerpos de las adolescentes se ve manchada para siempre. Estas prácticas recuerdan los ritos de iniciación a una secta, en donde sus participantes sufren humillaciones y azotes, obedecen ciegamente las órdenes del jefe y se someten a su voluntad para demostrar su fidelidad, por tanto, las adolescentes de *Mandíbula*, por un lado, adquieren facetas lúgubres y bestiales, por

otro lado, aumentan su autoestima por sentirse parte de algo. Más precisamente, a este grupo pertenece Annelise, una de las muchachas más estimadas y envidiadas del colegio, lo cual es motivo de gran orgullo por parte de las demás amigas, porque logran verse aceptadas y libres de compartir sus pensamientos más macabros con su célebre compañera. Las adolescentes intercambian sus cuentos y secretos solamente en la habitación blanca, así pues, levantan una frontera entre lo que ocurre en el edificio abandonado y su exterior, espacio repleto de tabúes, prejuicios y críticas. En ese misterioso cuarto, la imaginación de Annelise disuelve los límites entre lo verdadero y fantaseado, aunque en ambos mundos entran las mismas violencias, si bien causadas por distintos sujetos: en el mundo real, es su madre quien la golpea e insulta, mientras que, en el mundo irreal creado por ella misma, la joven se convierte en la jefa del grupo instituyendo normas de comportamiento y alabanzas al Dios Blanco y obligando a sus amigas a realizar acciones peligrosas y humillantes. Con el fin de sentirse parte del mismo grupo, las muchachas no solo se lesionan recíprocamente, sino que también visten de manera atractiva y participan a las fiestas universitarias para diferenciarse de las demás chicas de quince años que cumplen con las rígidas normas del colegio del Opus Dei.

Junto con el derrumbamiento de los tabúes sexuales, Fernanda consigue romper las fronteras de género y sociales destacando sus deseos homosexuales y todos los conflictos interiores que estos comportan. A través de los encuentros con el Dr. Aguilar, asistimos a la atracción y el espanto que siente hacia su mejor amiga, las dudas con respecto a la naturaleza de sus sentimientos y el temor a los juicios y prejuicios de sus padres y conocidos, pues Fernanda representa todos aquellos adolescentes que viven con angustia su orientación sexual a causa de un ambiente familiar extremadamente rígido, conservador y católico. Con respecto a las fronteras de género, debe subrayarse la débil presencia de los personajes masculinos a lo largo de la narración, seres casi fantasmales que no hablan ni actúan, sino simplemente quedan mencionados por las protagonistas. El ejemplo más relevante es el Dr. Aguilar, psicoanalista del cual no obtenemos ninguna información sobre su vida personal y cuyas contestaciones quedan silenciadas desde el comienzo hasta el final de la novela. Asimismo, estamos al corriente de la existencia de los padres de Annelise y Fernanda, pero no sabemos casi nada de ellos, sino que son progenitores ausentes y que suelen quedar al margen de las discusiones familiares. En cambio, los hermanos menores se dibujan como sacos de boxeo golpeados por sus hermanas mayores, víctimas indefensas e inocentes que se ven obligadas a soportar la misma violencia que Annelise y Fernanda recibieron en tierna edad.

Clara también rompe los límites entre lo real e irreal, en particular, los lazos madre-hija y docente-estudiante, ya que contempla a sus alumnas como sus hijas y pretende educarlas como una progenitora. Dentro de estos distorsionados roles, la maestra también pasa de víctima a victimaria, evidenciando la inestabilidad de su personalidad, la cual algunas veces es frágil y manipulable, por ejemplo, durante las torturas de Malena y Michelle, y otras fuerte y violenta, como durante el secuestro de Fernanda. Pese a que

Annelise es el personaje más imprevisible de la novela, es Clara el más maleable, porque suele cambiar de actitud según las situaciones a las cuales se enfrenta y las personas con las cuales trata, con el fin de protegerse de la ridiculización.

En resumen, la novela de Ojeda podría clasificarse de “fronteriza” solo si la examinamos dentro de un contexto más sociológico y psicológico que geopolítico y económico, en cuanto es una obra que desmonta las normas establecidas para introducir nuevas, más impulsivas y transgresoras, que abran “puertas inhóspitas e invisibles en nuestras cabezas” (Ojeda, 2018e) y se alejen de todas las etiquetas morales, sociales, sexuales, corporales y generacionales que obligan al ser humano a esconder y rechazar sus instintos por ser socialmente inaceptables.

Referencias bibliográficas

- American Academy of Pediatrics (2015), “Las experiencias infantiles adversas y las consecuencias del trauma para toda la vida”, American Academy of Pediatrics, págs. 1-6. Disponible en: https://www.aap.org/en-us/Documents/ttb_aces_consequences_spanish.pdf
- Ampuero, María Fernanda (2018), “Entrevistamos a María Fernanda Ampuero”, Entrevista de Ana Belén Martínez, *Ámbito cultural*, 11 de mayo de 2018. Disponible en: <https://ambitocultural.es/entrevistamos-a-maria-fernanda-ampuero-70578/>
- Asociación de la Real Academia Española (2014). *Diccionario de la lengua española*, 23ª ed. Madrid: Espasa. Disponible en: <http://www.rae.es/>
- Bergin, Christi, y David Bergin (2009), “Attachment in the classroom”, *Educational psychology review*, vol. 21, núm. 2, págs. 141-170.
- Calcagnini, Cristina (2003), “La función materna: entre el deseo y el estrago”. Ponencia en la Reunión Latinoamericana de Psicoanálisis. Tucumán.

- Calvette Cormane, Isabel Cristina (2011), “Tabú: lo que no debes ver, escuchar, decir...Lo prohibido”. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana, págs. 1-27.
- Esch, Tobias y George B. Stefano (2004), “The neurobiology of pleasure, reward processes, addiction and their health implications”, *Neuroendocrinology Letters*, vol. 25, núm. 4, págs. 235-251.
- Freud, Anna (1964). *Psicoanálisis del niño*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, Sigmund (1931), “Sessualità femminile”, en *Opere di Sigmund Freud*, vol. 11. Torino: Bollati Boringhieri.
- , ----- (1983). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hernando, Ana María (2004), “El tercer espacio: cruce de culturas en la literatura de fronteras”, *Revista de Literaturas Modernas. Los espacios de la literatura*, núm. 34, págs. 109-120.
- Intebi, Irene (1998). *Abuso sexual infantil. En las mejores familias*. Buenos Aires: Ediciones Granica S.A.
- Irigaray, Luce (1975). *Speculum. L'altra donna*. Milano: Feltrinelli.
- Lacan, Jacques (1977). *La Familia*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Kancyper, Luis (2004). *El complejo fraterno*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen.
- Molero Mañes, Rosa J. et al. (2011), “La importancia de las experiencias tempranas de cuidado afectivo y responsable en los menores”, *International Journal of Developmental and Educational Psychology: INFAD*, vol 1, núm. 1, págs. 511-520.
- Ojeda, Mónica (2016), “Mónica Ojeda: La mayor subversión es la que se produce en los cuerpos, no en la virtualidad”, entrevista por Laetia Rovecchio Antón, *Pliego suelto. Revista de Literatura y Alrededores*, 11 de noviembre de 2016. Disponible en: <http://www.pliegosuelto.com/?p=20309>
- , ----- (2018a). *Mandíbula*, Madrid: Candaya.
- , ----- (2018b), “Mónica Ojeda: Muchos ven la imaginación como algo peligroso e incómodo”, entrevista por José Miguel Vilar-Bou, *eldiario.es*, 19 de mayo de 2018. Disponible en: https://www.eldiario.es/murcia/cultura/monica-ojeda-imaginacion-peligroso-incomodo_1_2115862.html
- , ----- (2018c). *Pornoerotisme i literatura llatinoamericana. Diàleg entre Mónica Ojeda i Diego Falconi*. Casa Amèrica Catalunya. YouTube. Web. 20 de junio de 2018. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ADN4936p4_s&t=15s
- , ----- (2018d), “Sodomizar la escritura”, Babelia, *El País*, 29 de junio de 2018. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2018/06/28/babelia/1530201263_968588.html
- , ----- (2018e), “Mónica Ojeda: El miedo reside en el lenguaje, por eso el cómo es igual de importante que el qué”, entrevista por Laetia Rovecchio Antón, *Pliego suelto. Revista de Literatura y Alrededores*, 18 de agosto de 2018. Disponible en: <http://www.pliegosuelto.com/?p=26001>
- Pereña García, Francisco (1981), “Freud y la sexualidad femenina”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol 1. Núm. 1, págs. 9-30.
- Platón (1986). *Diálogos*, vol. 4. Trad. de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos.
- Real Academia Española y Consejo General del Poder Judicial (2016): *Diccionario del español jurídico*. Madrid: Espasa. Disponible en: <https://dej.rae.es/>